

## PREFACIO

Arcadio Díaz Quiñones  
Cristián Roa de la Carrera

A la memoria de Arturo Alfonso Schomburg (1874-1938)

*I who am poisoned with the blood of both,  
Where shall I turn, divided to the vein?  
I who have cursed  
The drunken officer of British rule, how choose  
Between this Africa and the English tongue I love?  
Betray them both, or give back what they give?*

Derek Walcott, "A Far Cry from Africa"

*Questioning the subject of knowledge demands that one  
rethink the concept of time . . . Time is precisely the  
impossibility of an identity fixed by a place. . . .*

Michel de Certeau, *Heterologies*



En su libro *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*, Tulio Halperin Donghi construye un relato de emancipación latinoamericana en el cual las Antillas quedan fuera de la trama central como "un mundo aparte". Halperin Donghi cierra su libro con una sección especial para el Caribe insular donde afirma que "Los lazos imperiales pesan en las Antillas más que en el continente".<sup>1</sup> Con este marco intenta situar al Caribe en relación con las historias nacionales del mundo latinoamericano durante el período de las rupturas indepen-

---

<sup>1</sup> El libro de Tulio Halperin Donghi se publicó en la serie *Historia de América Latina*, 3 (Madrid: Alianza América, 1985). La sección sobre las Antillas corresponde a la quinta y última parte del libro, pp. 337-373.

dentistas. El presupuesto es que existe un tiempo y forma determinados para la emancipación. Al hacer del Caribe un “mundo aparte” en la “disolución de los imperios ibéricos”, el historiador argentino coloca a la región bajo la categoría de frontera: esto es, un mundo opaco donde los significados son inestables y difíciles de comprender. El Caribe aparece como un mundo heterogéneo y con temporalidad propia al cual no se pueden aplicar las categorías de lo nacional latinoamericano.

Las tramas de las historias nacionales latinoamericanas —necesarias pero insuficientes— han impuesto sus paradigmas para interpretar la disolución de los imperios y la construcción de la nación. La rigidez de estos paradigmas crea por sí misma el conflicto interpretativo frente a la “diferencia” caribeña. La perspectiva historiográfica que se quiere aplicar impone la exclusión de lo que no se ajuste al “avance de la nacionalidad”.<sup>2</sup> De la misma manera, las historiografías individuales de los países caribeños por lo general se elaboran como relatos aislados y excluyentes. Las relaciones, los paralelos y disparidades del contexto antillano tienden a desaparecer de las interpretaciones sobre las cuestiones de raza, cultura política y construcción de la nación.

El coloquio *El Caribe entre imperios* (mayo de 1994) tuvo el propósito de iniciar un diálogo para pensar, fuera de los límites de los paradigmas nacionales, las transiciones de fin de siglo en el Caribe insular. El punto de partida era el debate de los últimos años en torno al sujeto colonial y poscolonial. Esta perspectiva permitiría replantear la interpretación del imperialismo como un modo de relación, nego-

---

<sup>2</sup> La frase completa, de Tulio Halperin Donghi, es: “En Cuba el avance de la nacionalidad fue más vigoroso y más rico que en Puerto Rico” (p. 364). Se trata también de un lugar común en la historiografía cubana, que plantea inmediatamente la difícil inserción de Cuba en el Caribe. La idea es que Cuba tuvo más “vocación nacional” porque su historia se ajusta mejor al modelo del resto de las emancipaciones latinoamericanas. Sobre la constitución misma de la historiografía nacional cubana, véase la introducción de Louis A. Pérez, Jr., a su libro *Historiography in the Revolution: A Bibliography of Cuban Scholarship, 1959-1979* (New York: Garland Publishing, 1982). Para una reflexión crítica reciente, ver, además, los balances sobre la historiografía y las ciencias sociales en Cuba que hacen Jorge Ibarra y Oscar Zanetti en la revista *Temas* 1 (enero-marzo de 1995). En cuanto a la historiografía puertorriqueña y las lecturas que se han hecho del 1898 —y su demorada renovación—, puede consultarse el documentado trabajo de María de los Angeles Castro, “El 98 incesante: su persistencia en la historiografía puertorriqueña” de próxima publicación. Por último, el útil libro *The Dominican Republic. A National History*, de Frank Moya Pons, concibe sus indagaciones en el marco de la historiografía nacional de la República Dominicana (New Rochelle, N.Y.: Hispaniola Books, 1995).

ciación e intercambio que da origen a unas nuevas culturas. La tarea era discutir los temas interdisciplinariamente, con el propósito de desplegar una gama de problemas que permitieran mantener una perspectiva de la complejidad del *entre imperios* y de las condiciones concretas de la vieja y nueva dominación colonial. En cuanto al marco temporal, la mayor parte de los trabajos del coloquio se centró en el siglo XIX, aunque algunos proyectaron su mirada al siglo XX. Era necesario insistir en una periodización más amplia, pues quedaba en evidencia que los ritmos de las historias políticas e institucionales no permiten explicar los procesos de largo alcance que orientan las transiciones históricas, ni las diferentes políticas que conforman los proyectos nacionales.

Al proponer este coloquio se tenían muy presentes las sucesivas inmigraciones de puertorriqueños, dominicanos, haitianos y cubanos que han transformado la vida en las ciudades de la Costa Este de los Estados Unidos. Esta presencia masiva de inmigrantes caribeños, con nuevos imaginarios, identidades diferenciadas y tradiciones culturales y religiosas —y la abundancia de estudios que ha estimulado— imponía la necesidad de discutir el Caribe en el contexto imperial y de construir nuevos territorios para la historia cultural. Por otra parte, mientras se celebraba el coloquio grandes cambios pesaban sobre la región. En medio del enconado debate anti-inmigratorio en la arena política norteamericana, los Estados Unidos se preparaban para intervenir nuevamente en Haití apoyando el retorno del presidente Jean-Bertrand Aristide al poder. Cuba, con el desmoronamiento de la Unión Soviética, se enfrentaba a un futuro incierto; y ya se anunciaba la dramática salida de los balseros y la proclamación de la ley Helms-Burton que endurecía el embargo norteamericano. Con el plebiscito de 1993 celebrado en Puerto Rico, el debate sobre la soberanía política continuaba siendo un tema central. En el mundo académico, después de la euforia de la celebración del Quinto Centenario, se aproximaba la conmemoración aún más problemática de los acontecimientos de 1898 que representan la consolidación de la dominación estadounidense y el final irreparable del mundo colonial español en Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Por fuerza, el coloquio no se proponía “cubrir” exhaustivamente cada uno de los territorios que configuran los posibles mapas del Caribe. Su cartografía se orientaba más bien a la exploración de los

problemas en las culturas y las políticas antillanas que se plantean como resultado de una larga experiencia colonial y de las luchas entre imperios. Se intentaba estimular la discusión de las siguientes preguntas: qué se entiende históricamente por raza y discurso racial, cómo aproximarse a las nociones de imperio y modernidad imperial, y qué formas adquiere la construcción de lo nacional y la ciudadanía en el Caribe antes y después del 98.

El *entre imperios* ofrecía la posibilidad de examinar de otro modo las rupturas y las continuidades del 98, aunque los autores de los trabajos no siempre hayan asumido las premisas de la convocatoria. El encuentro de Princeton se proponía implícitamente como un homenaje al historiador Louis A. Pérez, Jr., por su libro *Cuba between Empires, 1878-1902* (1983) donde analiza la transición imperial de la dominación española a la norteamericana en Cuba. Por otra parte, el problema del imperialismo había sido replanteado ya por Edward Said en su libro *Culture and Imperialism*, en el que redefine el imperialismo como una desigual pero productiva red de relaciones, y no simplemente una estructura monolítica de conquista y de opresión. Said introduce los aspectos del imperialismo borrados por las representaciones de la historia centradas en las relaciones de dominación. Las prácticas culturales, las formas de conciencia, los discursos, los vínculos y las alianzas en el imperio abren nuevas posibilidades de interpretación. Said no intenta negar que el imperialismo se base en el poder ni la violencia; más bien trata de entenderlo como un lugar de producción económico, político y cultural.<sup>3</sup> Finalmente, en el contexto local de Princeton University, el coloquio "Imperialism, Colonialism, and the Colonial Aftermath" (1990-1992) contribuyó durante dos años a crear el clima apropiado para proponer un nuevo marco a los estudios poscoloniales y para teorizar los significados ge-

---

<sup>3</sup> El libro de Said fue publicado en Nueva York por la editorial Knopf el año 1993. Después de su importante libro *Orientalism* (1978), Said se propuso estudiar la producción de autores del llamado "tercer mundo" cuya obra se difundió en los centros metropolitanos. Cabe citar entre estos autores las obras de Aimé Césaire, C. L. R. James, Frantz Fanon y Wole Soyinka. Al mismo tiempo, examina la presencia del mundo colonial en autores como Yeats y Conrad. En estos estudios Said analizó la productividad generada por el marco imperial. Para una discusión crítica de *Culture and Imperialism* véase el coloquio publicado en *Social Text*, vol. 40 (Fall 1994), pp. 1-24. Nuevos planteamientos se encuentran en los libros de Nicholas Thomas, *Colonialism's Culture* (Princeton: Princeton University Press, 1994); y Robert Young, *Colonial Desire: Hybridity in Theory, Culture and Race* (London and New York: Routledge, 1995).

nerados por la escritura anticolonialista y por las prácticas de apropiación cultural.<sup>4</sup>

Durante la organización del coloquio se hizo evidente la limitación de las historiografías imperiales española y norteamericana que, con raras excepciones, no reconocen la existencia de un sujeto colonial caribeño o lo confinan a un afuera. Lo que frecuentemente hacen los metarrelatos imperiales es convertir su propia historia en norma privilegiada. Dipesh Chakrabarty califica a este tipo de relación en el mundo colonial como “reciprocidad asimétrica”, según la cual para el historiador metropolitano la historiografía producida por el colonizado carece de interés teórico. Tiene principalmente un valor empírico, mientras que la historiografía producida en la metrópoli se considera teóricamente central y, por tanto, imprescindible.<sup>5</sup> Por otra parte, las historiografías nacionales del Caribe tienden a excluir los vínculos, los contactos y el intercambio, trazando una separación tajante entre las islas y sus relaciones con los imperios y territorios vecinos. De este modo, las historias que no se ajustan al paradigma de lo nacional quedan desdibujadas o desplazadas.<sup>6</sup> Este marco ha llevado

---

<sup>4</sup> Compilado en *After Colonialism. Imperial Histories and Postcolonial Displacements* por Gyan Prakash (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1995). Este coloquio, organizado por la historiadora Natalie Zemon Davis y auspiciado por el Davis Center for Historical Studies, contó con la participación de Homi Bhabha, Edward Said y Gauri Viswanathan, entre otros. Homi Bhabha preparaba entonces la edición de *The Location of Culture* (London and New York: Routledge, 1994) donde insiste en la creatividad de las ambivalencias de la modernidad colonial. Muy pertinentes para la discusión de las relaciones entre colonia, imperio e historiografía nacional son los libros de Partha Chatterjee, *Nationalist Thought in the Colonial World: A Derivative Discourse?* (London: United Nations University, 1986); y *The Nation and its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1993). El concepto de poscolonialismo ha sido objeto de cuestionamiento por parte de Anne McClintock en su artículo “The Angel of Progress: Pitfalls of the Term ‘Postcolonialism’” en *Social Text* vol. 31-32 (1992), pp. 84-98; y, en ese mismo número, por Ella Shohat, en “Notes on the ‘Post-Colonial’” (pp. 99-113). Resulta muy útil el volumen editado por Patrick Williams y Laura Chrisman, *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory* (New York: Columbia University Press, 1994). Para aproximarse al debate, merece atención particular el ensayo de Aijaz Ahmad, “Postcolonialism: What’s in a Name”, incluido en el volumen *Late Imperial Culture*, ed. de Roman de la Campa, E. Ann Kaplan y Michael Sprinker. (New York-London: Verso, 1995), pp. 11-32.

<sup>5</sup> Ver su excelente ensayo en “Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for “Indian” Pasts?” (*Representations* núm. 37 [Winter 1992], pp. 1-26).

<sup>6</sup> En ese sentido es muy ilustrativo el silenciamiento de la historia haitiana, como ha demostrado con elocuencia Michel Rolph-Trouillot en su libro *Silencing the Past: Power and the Production of History* (Boston: Beacon Press, 1995). De excepcional importancia para una visión

con frecuencia a negar el Caribe como sujeto histórico posible de articular en un relato.

\* \*

En buena parte del coloquio el debate se centró en torno a la modernidad imperial en las relaciones entre Puerto Rico, Haití, La República Dominicana, Cuba y los Estados Unidos. Este tema fue explorado desde distintas disciplinas, enfoques y fuentes por Michael Dash, Louis A. Pérez, Jr., Gervasio L. García, Léon-François Hoffmann, Peter Hulme, Doris Sommer y Arcadio Díaz Quiñones. En todos estos trabajos primó un interés por los problemas de identidad, fundación nacional e interpretación de la cultura en el marco de las relaciones imperiales.

Una nota importante fue el estudio del discurso de los cónsules norteamericanos en Puerto Rico por Gervasio L. García, cuya utilización de nuevas fuentes para la interpretación de la mirada imperial sobre el Caribe cuestionó el enfoque tradicional de la historiografía militar.<sup>7</sup> García propuso una revisión de la historiografía del 98 que supera la explicación del caso puertorriqueño como “apendicular” a la conyuntura militar cubana y que toma en cuenta un marco espacio-temporal más amplio en la interpretación del deseo imperial norteamericano. Otra revisión importante se encuentra en el trabajo de Michael Dash, de gran interés por su lectura *entre imperios* del modernismo literario e intelectual en el Caribe francés. Su interpretación de la construcción de lo metropolitano por los modernistas presenta el problema de la identidad bajo una nueva complejidad al romper con las estructuras binarias tan frecuentes en el estudio de las relaciones coloniales.

La perspectiva *entre imperios* es fundamental en el diálogo y las tensiones que establecen estos textos entre sí. Entraron en juego dos tipos de miradas: primero, las lecturas que las distintas colonias hacen de las metrópolis en las diversas etapas de su relación; y, segundo, la lectura que hace la metrópoli de la colonia como objeto de deseo y de imagen especular para construir la propia subjetividad imperial. El

---

no nacional y no europea de la modernidad, es el libro de Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. (London: Verso, 1993).

<sup>7</sup> El enorme volumen de este tipo de historiografía se puede estimar en la excelente bibliografía comentada que compiló Araceli García Carranza, *Bibliografía de la guerra de independencia (1895-1898)*, (La Habana: Editorial Orbe, 1976).

trabajo de Peter Hulme y el comentario de Rolena Adorno constituyen un aporte significativo en esta última dirección. En su lectura de Frederick Albion Ober (1849-1913), autor de *The Last of the Arawaks: A Story of Adventure on the Island of San Domingo* (1901), Hulme reescribe el canon literario y antropológico norteamericano dando un relieve importante al rol de la imaginación imperial de la masculinidad en las tradiciones de los relatos caballerescos y de la novela juvenil e indianista. Rolena Adorno, por su parte, responde al trabajo de Peter Hulme enfatizando la importancia de los historiadores hispanófilos norteamericanos del siglo XIX y la incorporación de Colón en la enseñanza pública norteamericana. Ambas lecturas ponen sobre el tapete el tema de los vínculos, las relaciones y el intercambio entre el Caribe y los centros metropolitanos que construyen su identidad en la lectura del subalterno.

La movilidad geográfica en el imperio y la disponibilidad para los pactos y negociaciones tuvieron un lugar privilegiado en el coloquio. Doris Sommer presentó el plebiscito y la identidad puertorriqueña como modelo emblemático de una tradición de ambivalencia representada en Eugenio María de Hostos y su héroe Bayoán. La condición del exilio en la metrópoli es otro lugar de enunciación significativo en la modernidad imperial. Desde ahí, el imperio se traduce y se interpreta, se construyen analogías, se imaginan genealogías y, sobre todo, se teoriza la nación. Léon-François Hoffmann discutió el exilio de Anténor Firmin presentando los problemas fundamentales de la traducción cultural y política. De este modo, el lugar del exilio permite también la formulación de identidades en términos que superen la visión unilateral de la dicotomía colonizador-colonizado.

El coloquio fue la ocasión para pensar nuevamente el exilio y los destinatarios que se construyen desde allí: ¿quién o quiénes articulan el proyecto nacional? ¿desde dónde lo hacen? ¿qué se negocia y con quiénes se establecen las alianzas? Estos son los problemas interpretativos que plantean al investigador las obras de Martí y Firmin. Ambos —y su caso no es único— leyeron la modernidad de los Estados Unidos como un medio de generar proyectos viables para Cuba y Haití en el nuevo contexto imperial. Ambos teorizaron la modernidad norteamericana, la celebraron y la sufrieron. Ello le permitió a Martí presentar un modelo alternativo frente a España, y a Firmin pensar una salida al caos nacional. Sin embargo, no se trata de un proceso



mecánico de apropiación; en estos textos se encuentran múltiples y conflictivas inscripciones textuales. La lectura que Martí hace de Emerson y Firmin de Roosevelt es producto de la necesidad de legitimarse y de formular un *telos* moderno como imperativo en la construcción de la nación democrática.

Al situar la fundación de la nacionalidad en el exilio del siglo XIX, el trabajo de Louis A. Pérez, Jr. sobre las “raíces” de la identidad cubana se inscribe de modo inequívoco en un espacio “entre imperios”. En la concepción dinámica que esboza Pérez, los cubanos que se establecieron en los Estados Unidos a partir de la Guerra de los Diez Años constituyeron el “crisol de la nación”, de una patria imaginada desde el contexto de la vida cotidiana de la modernidad norteamericana. En su comentario al trabajo de Pérez, Jeremy Adelman propone estudiar más concretamente el sentido simbólico del “progreso” norteamericano —y de sus críticos— durante las últimas décadas del siglo XIX. Adelman, además, sugiere que el próximo paso necesario para comprender mejor las apropiaciones cubanas de la modernidad estadounidense exigiría especificar las diferencias de raza, clase y género entre las voces de la diáspora.

El coloquio también discutió, con diversos enfoques historiográficos, las relaciones entre raza y sujeto nacional. El problema se encuentra tratado en los trabajos de Silvio A. Torres Saillant, Antonio Benítez Rojo y Rebecca J. Scott. Antonio Benítez Rojo aportó la perspectiva del escritor caribeño contemporáneo que teoriza el silenciamiento de los cubanos negros, cuya voz resulta conflictiva frente al discurso nacional cubano desde el siglo XIX hasta nuestros días. La lectura que hace Antonio Benítez Rojo de la tradición intelectual y literaria cubana ofrece un punto de partida hermenéutico sobre el cual estudiar las relaciones entre raza y nación. Más que una interpretación, su trabajo es la proposición de una nueva *praxis* intelectual, patente en su gesto final de ceder el discurso a una voz cubana negra. Silvio Torres Saillant, por su parte, intenta resolver la rigidez del binarismo en la teorización racial de la nación. Postula la existencia de una “tercera opción”, no como algo definitivamente estructurado y hecho, sino una identidad racial abierta y flexible, en la República Dominicana. A la luz de su argumentación, cabe preguntarse cuál es el lugar de esa “tercera opción” en la constitución histórica del ciudadano en Santo Domingo, y si no se trata de una negociación del dis-



curso nacional para reprimir la expresión de las identidades raciales bajo una apariencia de armonía e inclusividad.

El debate sobre la relación entre raza y nación cobró un particular relieve con Rebecca J. Scott y su comentarista, la historiadora afroamericana Nell I. Painter. Rebecca J. Scott estudia los lazos de “colaboración interracial” —y sus transformaciones— en la sociedad post-esclavista cubana. Para ello, examina nuevas fuentes primarias procedentes de los archivos cubanos y de Washington. Su hipótesis la lleva a plantear la represión del Partido Independiente de Color (1912) como una paradoja historiográfica que se explica en relación con los antagonismos políticos y de clase, y a la influencia intervencionista de los Estados Unidos. Nell I. Painter llama la atención sobre los matices que se deben tener presente en la lectura de las fuentes respecto a las categorías de raza y jerarquía social. Además, problematiza los presupuestos de armonía en las interpretaciones del mestizaje y las alianzas interraciales.

Por último, el estudio de la España imperial y “decadente” estuvo representado en los trabajos de Eduardo Subirats y Josep M. Fradera-Barceló. Josep Fradera reiteró las interpretaciones tradicionales de las reformas al sistema colonial español como mecanismos destinados a mantener el *statu quo* en sus relaciones con Cuba. La participación de las colonias en la Cortes, las Leyes Especiales, las Intendencias y la Capitanía General son los temas institucionales sobre los que Fradera elabora su visión del modelo colonial. La respuesta de su comentarista, Jorge Rodríguez Beruff, fue problematizar la noción de una continuidad a la luz de la crisis que estas políticas causaron en el interior del propio sistema liberal. Rodríguez Beruff subraya la importancia de utilizar un marco explicativo más amplio que el de la mera continuidad, que incluya la expansión norteamericana y la presencia británica.

En el plano de la cultura imperial, se discutieron los autores españoles de la “decadencia” y la “regeneración”, entre ellos, Maeztu, Unamuno y Ganivet. Eduardo Subirats propuso que el discurso de la regeneración en la España post-imperial se encontraba dominado por un modelo de heroísmo sacrificial de carácter cristológico, místico y mesiánico. Subirats observó en este modelo carismático de poder un principio arcaico y autoritario de integración social que se confunde con una modernidad nebulosa y mal apropiada. Frente a este trabajo,

James Fernández reclamó en sus comentarios una presentación más amplia e inclusiva que hiciera justicia a los matices y complejidades del corpus, y que prestara atención a las visiones críticas del modelo imperial existentes en España.

\* \* \*

A pesar de la riqueza de los debates, el coloquio desarrollado en Princeton permitió explorar sólo un área parcial y fragmentaria del cruce producido *entre imperios*. Por razones diversas, algunas cuestiones fundamentales para comprender el Caribe bajo la supremacía norteamericana no pudieron ser incorporadas al debate. No se logró, por ejemplo, integrar la comparación del Caribe con las Filipinas en el marco del final de imperio español y comienzos del nuevo imperio estadounidense. Lamentablemente, faltaron también trabajos que analizaran las transformaciones en el campo de la religión y la experiencia de lo sagrado.<sup>8</sup> Asimismo, hay que señalar un vacío importante: se dejaron de lado relatos que tienen que ver con el rol de la ciencia, la salud pública y la higiene como prácticas imperiales para establecer una relación con el subalterno.<sup>9</sup> Otra ausencia fue la historización de la construcción jurídica de la ciudadanía en el marco colonial, dominio cuyo estudio se ha renovado en trabajos recientes.<sup>10</sup> Habría sido igualmente deseable contar con una visión sobre la cons-

---

<sup>8</sup> En *Religión y cambio social en Puerto Rico (1898-1940)* (Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1996), Nérida Agosto Cintrón se propone estudiar el protestantismo en Puerto Rico. Fuera de su innegable utilidad, hubiera sido deseable que considerara el aspecto de la expansión protestante que se planteaba como proyecto imperialista sobre Cuba y Puerto Rico en su conjunto. Véase también el trabajo de Samuel Silva Gotay, "La iglesia Protestante como agente de americanización en Puerto Rico, 1898-1917", en el volumen editado por Blanca Silvestrini, *Politics, Society and Culture in the Caribbean* (San Juan, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1983, pp. 37-66). Sobre Cuba puede consultarse, por ejemplo, el estudio de Marcos Antonio Ramos, *Panorama del protestantismo en Cuba* (San José, Costa Rica: Editorial Caribe, 1986). Está por hacer, una historia de la religión *entre imperios* que preste más atención a las prácticas culturales de la evangelización, y compare los casos paralelos de Cuba y de Puerto Rico.

<sup>9</sup> El trabajo pionero de Blanca Silvestrini aborda el problema: "La política de salud pública de los Estados Unidos en Puerto Rico, 1898-1913: consecuencias en el proceso de americanización" en *Politics, Society and Culture in the Caribbean* (San Juan, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1983, pp. 85-109). Sería iluminador estudiar comparativamente las concepciones del cuerpo y de la salud como parte del discurso y las prácticas imperiales.

<sup>10</sup> Este tema ha sido planteado por Efrén Rivera Ramos en su estimulante ensayo "The Legal Construction of American Colonialism" (*Revista Jurídica Universidad de Puerto Rico*, vol. 6, núm. 2 [1996], pp. 225-328).

trucción de la sexualidad y las relaciones de género en el marco de la cultura imperial del fin de siglo.<sup>11</sup> En algunas intervenciones se insistió en la necesidad de estudiar las múltiples formas discursivas del turismo en el Caribe, y cómo el desarrollo del turismo va constituyendo nuevas relaciones entre paisaje, viajes y construcción de las identidades.

En el aspecto metodológico, se intentaba generar un debate alrededor de ciertos problemas historiográficos fundamentales del *entre imperios*. Las áreas más problemáticas resultaron ser las de las cronologías posibles alrededor del relevo imperial y las identidades culturales y geográficas del Caribe.<sup>12</sup> En esta misma línea, durante los preparativos del coloquio se hizo lo posible por atraer algún representante de la historiografía norteamericana que discutiera el rol del Caribe en la historia nacional e imperial de los Estados Unidos. Sin embargo, la negación imperial suele excluir al Caribe del relato nacional estadounidense, a pesar de las masivas inmigraciones de los siglos XIX y XX, y de los decisivos experimentos coloniales de los Estados Unidos en la región. La academia norteamericana mantiene —con pocas excepciones— ese vacío. No obstante, algunos estudios recientes indican que en efecto es posible una conversación más amplia.<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> Véase, por ejemplo, el libro de Anne McClintock, *Imperial Leather. Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest* (New York and London: Routledge, 1995), notable por la intensidad con que realiza sus interrogaciones. Resulta iluminador el volumen de Nupur Chaudhuri y Margaret Strobel, *Western Women and Imperialism: Complicity and Resistance*. (Bloomington: Indiana University Press, 1992). Ver, además, una aproximación crítica al orientalismo desde la perspectiva del género, en el libro de Reina Lewis, *Gendering Orientalism: Race, Femininity and Representation*. (London-New York: Routledge, 1996).

<sup>12</sup> Hay que citar el renovador trabajo de Luis Martínez-Fernández cuyo estudio comparativo de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo logra reformular las identidades políticas del Caribe, en *Torn between Empires* (Athens, Georgia: The University of Georgia Press, 1994). Por otro lado, se hace necesario conectar el caso de las Filipinas en el estudio general de la expansión imperial norteamericana en el Caribe. Sobre la conquista de las Filipinas, ver el libro de Stuart Creighton Miller, *"Benevolent Assimilation": The American Conquest of the Philippines* (New Haven: Yale University Press, 1982). Poco conocido aún es el caso de México entre imperios, estudiado por Rafael Rojas en "La política mexicana ante la guerra de independencia de Cuba (1895-1898)", en *Historia Mexicana* XLV (abril-junio 1996), núm. 4, pp. 783-805.

<sup>13</sup> Habría que destacar las excepciones recientes de Nina Silber, Amy Kaplan, Donald Pease, y Kevin K. Gaines. El libro *The Romance of Reunion. Northerners and the South, 1865-1900* de Nina Silber plantea que la Guerra Hispano-cubano-norteamericana fue un elemento central de la reconciliación del Norte y del Sur después de la Guerra de Secesión. La guerra de Cuba forma parte del imaginario nacional estadounidense de fin de siglo. Amy Kaplan y Donald Pease compilan una valiosa colección de ensayos que intenta romper este silencio en *Cultures*

En la crítica e historiografía españolas se observa un silencio semejante. El canon de la “decadencia” en España ignora los interlocutores del Caribe y Latinoamérica que también reflexionaron sobre el fin del imperio en España. Paralelamente, algunos intelectuales españoles desarrollaron un interés en los temas americanos. Así lo ilustra el caso de Marcelino Menéndez y Pelayo, quien dio forma moderna al canon americano en la *Historia de la poesía hispanoamericana* (1911). Este libro fue producto de la investigación que le había sido comisionada en 1892 por la Real Academia con ocasión del Cuarto Centenario. La lectura española de Latinoamérica, y particularmente del Caribe, impulsó la tradición intelectual del hispanismo. El viejo imperio se “regeneraba” en la construcción intelectual de lo “hispanoamericano”. Un nuevo espacio de influencia cultural se presentaba ante España no sólo en el plano intelectual, sino también en las emigraciones sucesivas a América del siglo XX.<sup>14</sup> El fin —sea de siglo o del imperio— puede ser una de las formas de la continuidad.

El marco temporal del *entre imperios* en el Caribe se extiende ampliamente antes y después del 98, condicionando la vida política y cultural. Desde la toma de La Habana por los ingleses (1762) hasta la ocupación norteamericana de la República Dominicana (1916-1924), un vasto conjunto de hechos —evidentes y a la vez elusivos— revela los nexos siempre presentes. Los procesos emancipatorios en Haití

---

*of United States Imperialism* (Durham: Duke University Press, 1993). Kevin K. Gaines muestra algo similar en su libro *Uplifting the Race. Black Leadership, Politics, and Culture in the Twentieth Century* (Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press, 1996). Tanto en su libro como en sus intervenciones en el coloquio de Princeton, Gaines plantea que la movilización de los soldados negros para participar en la Guerra de Cuba suscitó una doble crisis. Por un lado, durante el período de Reconstrucción, los imperialistas y anti-imperialistas blancos temían al soldado negro. Por otro lado, a pesar de la admiración de la prensa afroamericana de los Estados Unidos por el general independentista cubano Antonio Maceo, el movimiento anti-imperialista negro se escindió, pues muchos afroamericanos de la vieron la guerra imperial del 98 como una forma de participación ciudadana (ver el cap. 3 de su libro).

<sup>14</sup> Para la significación del *hispanismo* después de 1898, véase Fredrick B. Pike, *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1971); Carlos Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982); y Tulio Halperin Donghi, “España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico”, en *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987, pp. 67-110). Por último, particular interés tiene el libro reciente del historiador cubano Manuel Moreno Fraginals, *Cuba/España. España/Cuba. Historia común* (Serie Mayor. Barcelona: Crítica-Grijalbo-Mondadori, 1995). Fraginals subraya la importancia de la hispanización en la construcción nacional de Cuba aún después del 98.

(1791-1804), la intensificación de la trata de esclavos en Cuba y Puerto Rico durante el siglo XIX, la abolición de la esclavitud en Jamaica (1838), las ambiguas independencias de Santo Domingo y la dominación haitiana de la isla (1809-1843) y su reanexión a España (1861-65), las guerras e invasiones norteamericanas en México (1846-48), la conquista francesa de México (1863-67), la Guerra de los Diez Años en Cuba (1868-78) y su reanudación (1895-98), la lucha por la autonomía en Puerto Rico y las emigraciones cubanas y puertorriqueñas del siglo XIX a los Estados Unidos y sus formas de sociabilidad, todos estos acontecimientos se enmarcan en un relato que desborda las historias nacionales. La coherencia de esta historia de emancipaciones, reanexiones, guerras, nuevas inmigraciones europeas, reconquistas y neoimperialismos quizá se encuentre en las transformaciones y los vínculos creados por las culturas imperiales.

El sujeto del relato histórico en el Caribe, sea la nación o el imperio, no existe como una entidad aislada en un "mundo aparte". Muy por el contrario, el Caribe, entendido como uno de los centros históricos de las luchas imperiales, permitiría quizás comprender de otro modo la dinámica de las historias nacionales en el resto de Latinoamérica. La extensión y peculiaridades de los procesos coloniales y emancipatorios caribeños pueden ser entendidas como un marco que indique el inicio y la continuidad del *entre imperios* en toda América.<sup>15</sup>

Todo diálogo debe abrir un horizonte interpretativo, no cerrar el debate. Si algo se espera de este volumen en vísperas del primer Centenario del 98, es la problematización de las fronteras rígidas bajo las que se ha percibido tradicionalmente la transición de fin de siglo en el Caribe. Uno de los horizontes que este coloquio abrió fue el de *entre imperios*, que no es reductible a un mero traspaso territorial o administrativo entre potencias. Lo deseable es que el diálogo continúe con tratamientos más extensos y minuciosos.

---

<sup>15</sup> Al situarse como "sujeto de conocimiento" frente al Caribe, es necesario que el intelectual, tanto desde dentro como desde fuera, articule una nueva mirada sobre su propia historia. Esta nueva mirada permitiría reinterpretar las peculiaridades del Caribe sin que se proyecte una visión esencialista de las identidades. El problema del sujeto de conocimiento lo discute Michel de Certeau en *Heterologies. Discourse on the Other (Theory and History of Literature)*, vol. 17. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1985).

Quizá uno de los primeros pasos consista en reconocer que ni las colonias ni los centros metropolitanos son esencias ni totalidades. El Caribe es una creación histórica: como sujeto histórico no tiene una identidad definida por su geografía o divisiones políticas. Sus mapas son construcciones originadas por una larga historia de contactos, encuentros y conflictos en el marco imperial. Quienes estudian las historias y las culturas del Caribe tendrían que tomar en cuenta la complejidad del marco cronológico de sus temporalidades. La perspectiva del entre imperios abre nuevos relatos sobre la negociación de roles e identidades en el marco de los diversos dominios de la cultura, la ciudadanía y el poder.